



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2024, Tiffany Calligaris.

Representada por Tormenta [www.tormentalibros.com](http://www.tormentalibros.com)

Diseño de cubierta: Beatriz Tobar

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-559-1

Depósito legal: M-14950-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2024

Directora de la colección:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Maquetación:

Guillermo Abatti

Dirección de arte:

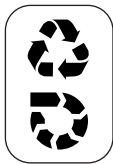
Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Julia Ortega y Laura Ruiz

Fotografía de cubierta: GETTY IMAGES

SALES SPAIN/Xsandra



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TIFFANY CALLIGARIS

**Capturas**  
de un  
**corazón**  
**roto**

loqueleg



*A quienes están sanando su primer corazón roto.*



## Un e-mail desafortunado

Deben de ser una o dos horas pasada la medianoche. Descorro el cristal de la ventana y me cuelo dentro mientras reprimo un bostezo. No suelo hacer escapadas durante la noche; solo en ocasiones especiales. Es una de las ventajas de tener mi dormitorio en el primer piso. Mis prendas caen sobre el suelo de madera, en un rastro de migajas que va de la ventana a la cama: calzado, calcetines, falda...

Me deslizo entre las sábanas con un top de satén negro y la ropa interior. El sueño llega fácilmente, y con él, las fantasías. El chico que me ha acompañado a casa me sigue a lugares soleados. Nos besamos y reímos, nos hacemos cosquillas y bromeamos, y nos prometemos que siempre estaremos juntos.

Horas más tarde, abro los ojos y veo un osito amarillo sonriente con una camiseta roja. Sus brazos se mueven arriba y abajo junto con el martilleo del despertador. Estiro la mano hacia el interruptor de apagado y cierro los ojos; me permito unos minutos más para acurrucarme contra la almohada con olor cítrico.

La mayoría de mis amigas ha sustituido sus relojes por la alarma del móvil. Yo prefiero el viejo oso. Me recuerda a mi infancia. A la mano de mi madre acariciándome la espalda para que me despertara. O a la mochila con forma de perro que usaba en la guardería. El despertador tiene un aire clásico. Mi madre lo compró en una tienda *vintage* cuando cumplí seis años. Es de madera, con tarros de miel en los números 3, 6, 9 y 12, y un Winnie the Pooh en lo alto.

8 Abbie Dawson ha sido una fan leal de Winnie the Pooh desde que se topó con los libros escritos por A. A. Milne cuando era niña. Tiene ediciones especiales, todo tipo de objetos de colección y una caja llena de cintas VHS de dibujos animados.

También le puso el nombre del famoso oso amarillo a su hija: Winnie Dawson. Esa soy yo. Sin segundo nombre; solo Winnie.

Empiezo mi rutina matinal. El baño. Ponerme la ropa que dejé la noche anterior sobre el baúl de madera a los pies de la cama. El desayuno con la familia. Y diez minutos a pie hasta el colegio.

Todo me resulta habitual y todo está a punto de cambiar. Estoy en el último curso del instituto St. Clair, en York, Pensilvania. Y me queda un mes para graduarme, lo que significa que después del verano me despertaré en una habitación nueva, en una ciudad nueva, en un estado nuevo. Chicago. Llevo soñando con mudarme a la Ciudad de los Vientos desde que vi con mi madre una vieja película titulada *La boda de mi mejor amigo*. Los rascacielos



brillantes. El estadio y los parques. Parece una ciudad con identidad.

Y, gracias a años de planificación, trabajo duro y, probablemente, un poco de suerte, me han aceptado en la Universidad de Chicago. ¡*Vamos, Maroons!* No es que me gusten los deportes. Aunque disfruto con la parte de llevar una gorra mona y comer perritos calientes.

Mi vecindario es la definición de la clase media urbana estadounidense. Casas de dos pisos, jardines con gnomos o alguna criatura simpática de cerámica, y demasiadas señales de «Reduzca la velocidad. Niños jugando». Tiene una importante población de perros labrador y *minidoodle*.

Al acercarme a la esquina del St. Clair, alcanzo a ver la espalda de un chico delgado con el pelo despeinado color arena. Lleva vaqueros azul oscuro y calzado deportivo negro. Es Jesse Anderson, el mismo que me acompañó a casa bajo una luna llena y esperó mientras trepaba a la ventana de mi habitación.

Nos conocemos desde la guardería y hemos pasado por todas las etapas. Cuando teníamos unos seis años, nos fastidiábamos todo el tiempo. Luego cumplimos diez y nos hicimos buenos amigos, de esos que comparten la merienda y caminan juntos al colegio. Y al llegar a los quince probamos lo de ser novios. Resultó bastante bien, teniendo en cuenta que dos años después seguimos juntos.

Estos son algunos datos curiosos sobre mí: soy una gran fan del helado de vainilla caramelizada; en los diarios de los últimos cinco años guardo una lista con el

nombre de todas y cada una de las razas de gatos sobre los que he leído, y prefiero las polaroids a los selfis. Además, adoro a Jesse Anderson. Me encanta que siempre nos riamos del mismo chiste: reconocería su risa en cualquier lugar, incluso en un estadio de la Copa del Mundo o en medio de un apocalipsis zombi. Me encanta que tengamos una vida entera de recuerdos juntos, aunque algunos sean de un Jesse de cinco años pegándome plastilina en el pelo. Me encanta sentir que mi lugar es a su lado.

## 10 Un segundo hogar.

Cuando llego a su altura se gira hacia mí y me roza la cabeza con un beso ligero.

—Hola, osito Winnie.

Ese ha sido mi apodo desde siempre. Mi madre me lo puso desde el primer día.

—Hola —respondo con suavidad.

—¿Has dormido algo?

—Un poco. No lo suficiente.

Asiente y ahoga un bostezo.

—Así que es la última semana de clase —dice, guiándome hacia el edificio de ladrillo rojo con ventanas de paneles blancos. Me acompaña hasta donde suelo reunirme con las chicas.

—Es un poco aterrador, pero tan emocionante... ¡De verdad iremos a Chicago! Podremos visitar el Planetario Adler, conocer el Gran Salón de Union Station, pasear por el parque del Milenio...

Gracias a una rara conjunción de planetas, a Jesse también lo han aceptado en la Universidad de Chicago.

—Y encontraremos una acogedora cafetería donde pasar el rato los fines de semana —añado, porque tenemos una obsesión por las cafeterías. Principalmente, que sepan dominar el arte de una taza perfecta de chocolate caliente y cuenten con una amplia selección de pastelería. Incluso tenemos nuestra propia clasificación de las cinco mejores de la ciudad.

—También tenemos que encontrar una buena pizzería. No puede haber Domingo de Pizza sin pizza de queso —afirma.

11

El Domingo de Pizza es una antigua tradición de mi familia. Básicamente consiste en elegir una película y darnos un atracón de pizza en el sofá.

—Tiene que ser una pizzería muy muy buena —le digo.

—La mejor de todas. La número uno. —Me sonrío.

Choco su hombro con el mío y suelto una risita.

—Y después del primer año nos mudaremos de la residencia de estudiantes y adoptaremos un gato —le digo con tono esperanzado.

—Y *puede* que adoptemos un gato —concede Jesse—. Aunque creo que deberíamos quedarnos en el campus al menos dos años y disfrutar de la vida universitaria.

A medida que nos acercamos a las escaleras por la esquina del corredor, Juliet y Sofía aparecen a la vista. Hace mucho tiempo que somos amigas. Juliet Grant es deportista, lleva el pelo largo rubio oscuro recogido en una eterna coleta y es de Texas. Mientras que Sofía González tiene la piel aceitunada, el pelo castaño y sedoso,

y lo suyo es la música. Siempre está a la búsqueda de un nuevo grupo o de su canción favorita de la semana. Sus padres son inmigrantes mexicanos de primera generación. Preparan las mejores quesadillas.

—Esta es tu parada —dice Jesse—. Nos vemos después de clase.

Su móvil lo interrumpe. Mira la pantalla despreocupadamente, pero al cabo de unos segundos sus ojos se abren de par en par.

12

—¿Qué sucede? —le pregunto.

Jesse sigue mirando el móvil con incredulidad.

—Me han aceptado en Brown —susurra, estupefacto.

—¿En serio? —Me quedo paralizada—. Dijiste que no solicitarías plaza allí.

—No pensé que me aceptarían... Fue un impulso de último momento.

—Pues qué impulso tan afortunado. —Le doy un beso en la mejilla, ignorando los nubarrones grises que empiezan a acumularse dentro de mi cabeza—. Sé que Brown es una universidad increíble, pero aún vas a venir a Chicago, ¿verdad?

—Creo que sí. —Sus ojos color café evitan los míos—. Solo necesito pensarlo. Lo siento, Winn. Sinceramente, no esperaba entrar.

Mi boca se abre y se vuelve a cerrar. Me faltan las palabras. Quiero protestar. Recordarle que hicimos la promesa de ir juntos a Chicago. Por otra parte, ¿qué clase de novia lo haría sentirse mal por haber entrado en una universidad de la Ivy League? Jesse es ambicioso, se

ha esforzado mucho por sacar buenas notas e incluso se apuntó al equipo de fútbol americano para mejorar sus posibilidades de admisión. Ha recibido todo tipo de golpes durante la mayor parte de la temporada y aun así ha permanecido en el equipo y ha intentado disfrutarlo.

—Lo entiendo; sé lo mucho que has trabajado. —Le cojo la mano—. Ya lo solucionaremos.

Al instante, detesto la incertidumbre que transmiten esas palabras. *Lo solucionaremos*. ¿Y si no lo logramos? Precisamente por eso decidimos enviar solicitudes a las mismas universidades. Queríamos evitar todas las complicaciones de una relación a distancia.

—Sí, lo haremos —afirma, apretando ligeramente mi mano—. Tengo que reunirme con los chicos. Hablamos luego.

Al observar cómo su espalda desaparece por el pasillo, solo tengo una palabra en mente: *mierda*. ¿Cómo ha podido pasar todo esto en... cuánto tiempo? ¿Minutos? Hicieron falta miles de pasos para asegurar nuestro futuro y solo un e-mail para desbaratarlo todo. Un e-mail desafortunado.

Juliet y Sofía se abalanzan sobre mí con expresiones inquisitivas.

—¿Qué pasa? —preguntan las dos al unísono.

—Han aceptado a Jesse en Brown —murmuro.

—¿De verdad? —pregunta Sofi.

—¿Qué ha pasado con el plan de pareja feliz que teníais para ir a Chicago? —añade Juliet.

—No lo sé.

Mis amigas intercambian miradas y guían mis pasos hacia la cafetería en lugar de a clase. Aún tenemos diez minutos. Me vendría bien un té. Uno de esos tés namasté que prepara mi madre con propiedades calmantes. Aunque probablemente tendré que conformarme con el negro común y una buena cantidad de azúcar para endulzarlo.

—Me encanta esa camiseta rosa, Winn —dice Sofi, alegremente—. Es el tono exacto del algodón de azúcar. Y te queda genial el mono blanco —añade—. ¡Eso es estilo!

14

—Maldita Brown —es todo lo que puedo decir.

Juliet ahoga un resoplido.

—Oye, Brown es una gran universidad.

—Mmm.

—Todo irá bien —asegura Sofi—. Aunque decida ir, encontraréis la forma de seguir juntos. Sois Winnsse. La pareja más adorable de York —insiste con optimismo.

Intento sonreír.

Sofi siempre tiene una actitud positiva ante la vida y cree que todo acabará encarrilándose. En cambio, Juliet es más del tipo «vamos a patearle el culo a alguien». ¿Y yo? No estoy segura. Noto el cuerpo un poco entumecido, los labios resecos y una sensación de vacío en el estómago.

—Todo irá bien —repite Juliet.

—Os voy a echar de menos a las dos terriblemente.  
—Las miro agradecida—. Más vale que vengáis a visitarme.

—Claro que iremos —responde Juliet—. He oído que Chicago tiene un acuario impresionante. Con belugas y todo.

—¡No! El acuario no. Esos pobres animales deberían estar libres en el océano, no en cautiverio —digo con firmeza—. ¿Acaso no habéis visto *Blackfish*?

Juliet me revuelve el pelo de forma juguetona.

—La osita Winnie luchando por los derechos de las ballenas.

—Yo también he visto ese documental —añade Sofi—. Es horrible. Seguro que hay otras cosas divertidas que hacer en Chicago.

—El Planetario Adler, el Museo Field de Historia Natural, el parque del Milenio, el Muelle de la Marina —me apresuro a decir—. Os digo que es una ciudad muy bonita.

—Bonita y ventosa —dice Juliet en tono de broma.

## El otro camino

16 La incertidumbre puede ser un diablillo furtivo. Acecha en cada esquina, incluso cuando intentas no prestarle atención. Hace dos días no había nada incierto en mi vida. Sabía que el instituto llegaba a su fin. Y también sabía que Jesse y yo nos mudaríamos al mismo estado y estudiaríamos juntos en la Universidad de Chicago.

Ahora siento que la mitad de ese plan podría esfumarse en el aire. Todo por una corazonada. Bueno, un impulso, una solicitud sólida, y quienquiera que haya aceptado a Jesse en Brown, sin pensar en los más de mil quinientos kilómetros que separan Chicago de Rhode Island.

Nuestra profesora de Matemáticas, la señorita Harris, está haciendo un resumen sobre lo que hemos estudiado durante el año escolar con ese tono amable que es tan típico de ella. Ojalá pudiera prestar atención a lo que dice. No es que me importen mucho las matemáticas, pero esta es una de las últimas veces que me sentaré en esta clase. El pupitre de Sofi está a mi derecha; parece concentrada, siguiendo cada palabra. Juliet está



en la fila de al lado. Su expresión de ensueño me dice que su cabeza se encuentra lejos de los números y las ecuaciones.

El sitio de Jesse está delante del mío. Todo lo que puedo ver de él es su pelo color arena y una camiseta blanca. Desde que recibió el correo de aceptación, lo único que ha dicho sobre Brown es que lo está pensando. Si fuera yo, estaría haciendo una lista de pros y contras. Sí, soy ese tipo de persona. Pero Jesse no.

Sea lo que sea que esté pasando en esa bonita cabeza suya, a mí se me escapa. Ese es el problema con Jesse: cuando hay que tomar una decisión importante, tiende a encerrarse como una tortuga dentro de su caparazón. Si tuviera que hacer una conjetura, las probabilidades de que elija la Universidad de Chicago sobre Brown no son tan altas. El único factor que lo hará ir a Chicago, en fin..., soy yo.

Justo por eso me estoy manteniendo en silencio al respecto. Es una decisión que debe tomar él. Y, por supuesto, quiero que me elija a mí, que nos elija a *nosotros*, pero no se trata de lo que *yo* quiero.

Se me escapa un suspiro. Últimamente, me pasa mucho.

Cuando el timbre anuncia el final de la clase, apenas me muevo. Sofi y Juliet están hablando de ir a comprar ropa para la graduación. Ambas giran la cabeza a la vez para mirarme, esperando que me una a la conversación.

—¿Ropa para la graduación? —repito las únicas palabras que he escuchado.

—Sí, ya sé que probablemente hayas elegido atuendo hace semanas —dice Juliet con una mirada sugestiva—. Ayer escuché a mis padres diciendo que iríamos a un buen restaurante después de la ceremonia. Supongo que tendré que estar guapa.

—Siempre estás guapa.

—Ay, gracias, Winn —responde—. Corrijo: tendré que estar todavía más guapa. Es decir, vestido en vez de vaqueros y tacones en lugar de calzado deportivo.

18 —Podemos ayudarte. Yo también tengo que hacer algunas compras —añade Sofi mientras guarda su libro.

—Genial. ¡Vamos de compras después del insti!

Jesse se ha levantado y está esperando junto a su pupitre. Me mira con su cara de *hablemos*. Tal vez la incertidumbre no era tan mala. No cuando me daba la libertad de imaginar el desenlace. Una vez que Jesse me diga lo que sea que está a punto de decirme, solo habrá un camino por delante. Con suerte, será un camino soleado, bajo un arcoíris brillante, que conduce a una ciudad ventosa.

Asiento con la cabeza a lo que Juliet está diciendo, mascullando que las alcanzaré más tarde. Si las cosas no salen como quiero, al menos tendré una distracción después de clase.

—¿Salimos a almorzar fuera? —pregunta Jesse, ofreciéndome la mano—. Hace sol y he traído bocadillos para los dos.

*Hace sol*, me repito. Eso podría ser una buena señal. Como el camino soleado que estaba imaginando.

—Vamos —respondo mientras le cojo la mano.

Al salir al parque, puedo ver el típico grupo de gente sentado en sus lugares habituales: ha sido así desde el primer curso. Es curioso. Incluso a los que llevan los *looks* más osados, a los que no les importa encajar dentro de un grupo, les gusta tener un sitio específico para almorzar.

Sigo a Jesse hasta donde solemos sentarnos: una mesa más apartada, donde los inmensos árboles forman un techo frondoso sobre nosotros.

—Ayer pasé por Jaho y compré sándwiches de pollo.

19

Los saca de una bolsa de papel marrón y los dispone sobre la mesa. Jaho es mi cafetería favorita. Preparan los pastelillos de manzana y canela más increíbles, y tienen las tazas de té más grandes que jamás hayas visto.

—Sin duda, prefiero Jaho a la comida de la cafetería —señalo, alegremente.

—Yo también. —Jesse empuja un sándwich hacia mi lado de la mesa—. Para la dama.

—Gracias.

Damos los primeros bocados en silencio. La mayoría de nuestros compañeros parecen estar haciendo fotos de su almuerzo o hablándole a las pantallas de sus móviles, diciendo lo mucho que van a echar de menos sus días de instituto. Una chica llamada Sasha no para de hablar de cuánto le gustan las patatas fritas; está asegurando que las de la cafetería son casi tan buenas como las del McDonald's cuando Jesse me toma la mano por encima de la mesa.

—He decidido ir a Brown.

Las palabras me golpean como un ladrillo rojo. *Brown*. *Se va a Brown*. Trago muy despacio el pan que tengo en la boca, intentando no atragantarme. Por un instante siento que todo gira en espirales.

—Yo... estoy mareada...

*¿Qué estoy diciendo?*

—Lo siento —dice Jesse—. Solo quería sacarlo fuera.

—Descuida. —Tomo aire furtivamente antes de continuar—. Vas a ir a Brown.

20

—Es una oportunidad increíble, Winn. Mis padres estaban superemocionados cuando les conté que había entrado.

Su alegría es tan palpable que debería haberlo visto venir.

—Me alegro por ti. —Esbozo una sonrisa valiente—. Tengo miedo por nosotros, pero me alegro por ti.

—Estaremos bien —me asegura Jesse apretándome la mano—. Al fin y al cabo vivimos en una era tecnológica. Existen los móviles.

—Supongo que sí.

Los móviles sirven para hablar y mantenerse en contacto. Pero ¿para abrazarse? ¿O para tener citas? No tanto.

—Oye, ¡a los dos nos han aceptado en las universidades con las que soñábamos! ¡Deberíamos estar celebrándolo!

Su voz y mi cerebro no están realmente conectados en este momento. Casi puedo escuchar viejas conversaciones entre nosotros, palabras y *flashbacks*.

—Pensaba que estabas entusiasmado con la Universidad de Chicago. Me dijiste que su programa de negocios es muy bueno. —Estoy hecha un lío, no puedo evitarlo—. ¿Por qué no me comentaste lo mucho que querías ir a Brown?

Jesse parpadea sorprendido.

—No lo sé. No creí que fuera a entrar. Acabas de decir que te alegrabas por mí.

—Me alegra —respondo con sinceridad—. Pero... me sorprende lo mucho que deseas esto. Quiero decir, me dijiste que ir juntos a la Universidad de Chicago era, y cito, «mejor que cualquier cosa que podría esperar».

Lo dijo. Lo juro.

—Sí..., lo sé, pero eso fue en el baile de graduación. Si mal no recuerdo, estábamos bailando una canción romántica.

—*Dance to This*, de Troye Sivan y Ariana Grande.

El tema de nuestra graduación era las noches árabes. Puedo vernos bailando en un salón completamente cubierto de cortinas de seda, donde colgaban lámparas de aceite distribuidas por todas partes. La larga falda de mi vestido azul claro volaba con cada giro, atrapando las lucecitas blancas.

—¡Esa! Me encanta esa canción. Supongo que me dejé llevar —admite encogiendo los hombros con culpa antes de añadir—: En mi defensa, todo el mundo se deja llevar en un baile de graduación. Colin Cummings le dijo a Melissa Gwon que debían comprometerse. ¡Comprometerse!

Lo dice como si eso lo resolviera todo. Vale, puede que la gente se deje llevar en el baile de graduación, empujada por esa atmósfera especial, con el titilar de las luces y los vestidos elegantes, mezclada con romance, amistad y nostalgia.

—Vamos, Winn, arriba el ánimo.

Jesse pone una cara graciosa que siempre me hace reír. Niego con la cabeza, aunque se me escapa una risita.

22 —Disfrutemos de nuestro almuerzo. Ya tendremos tiempo de pensar en el resto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

## Guárdalo para un día de lluvia

La comida de mi madre es increíble. Y cuando digo increíble lo digo en el sentido de que debería tener su propio restaurante. Sé que la mayoría de los chicos debe de pensar lo mismo de la comida de sus madres, pero Jesse está de acuerdo conmigo. Cena en mi casa por lo menos tres veces a la semana.

Tenerlo sentado entre mi hermano pequeño Cody y yo me resulta familiar. Como si fuéramos una familia de cinco en lugar de cuatro. Sus profundos ojos color café están fijos en el tenedor mientras enrosca con cuidado unos *linguine* al pesto.

Han pasado dos semanas desde la catástrofe del correo electrónico de Brown; catorce días desde que me dijo que había decidido mudarse a Rhode Island en lugar de Chicago. Aún me cuesta asimilar que estaré sola en esa enorme ciudad. Que mi novio, que además es uno de mis mejores amigos, no viene conmigo. Ya no buscaremos un pequeño apartamento juntos cuando finalice el primer año ni quedaremos cuando acabemos las clases para hablar de nuestro día y de lo diferente que son las cosas en Pensilvania.

¿Y si me toca una compañera de habitación (aunque he pedido una individual) y se queja de que Jesse y yo hacemos demasiadas videollamadas? ¿Qué pasa si tengo una crisis nerviosa porque echo de menos mi casa y a Jesse, y todo apesta, y ella cree que estoy loca?

—Winnie, ¿estás bien? —pregunta mi madre—. Pareces triste.

—Ha sido un día muy largo —miento.

24

No quiero que mis padres se preocupen o piensen que no sé manejar las cosas por mí misma. *No es para tanto, me digo. No es como si estuviéramos rompiendo. Jesse y yo siempre estaremos juntos.*

Desvió la mirada hacia él. Sigue concentrado en sus *linguine*. ¿Acaso siquiera respira entre un bocado de pasta y el siguiente?

—Oye, más despacio —le digo para fastidiarlo.

Hace una mueca intentando tragar.

—Siempre tengo hambre cuando vuelvo del fútbol, y esto está buenísimo. Echaré de menos tu cocina, Abbie.

Mis padres conocen a Jesse desde que tenía cinco años, así que se tutean desde hace tiempo. Mi madre incluso lo trata como a su propio hijo, lo que tengo que admitir puede ser de lo más antilibido. Como si ligara con mi hermano. ¡Qué asco!

—Gracias, Jesse —responde ella—. Supongo que tendré que preparar dos paquetes de comida para enviar cuando ambos empecéis la universidad.

—Y comprar la sudadera de Brown, además de la de Chicago —añade mi padre.



—Mi madre ya ha encargado cuatro tazas —se ríe Jesse mirándome de reojo—. Una es para ti, Winn.

—Qué detalle por su parte.

Tal vez debería comprarme una sudadera de Brown y conseguir una de la Universidad de Chicago para él. Esa podría ser una forma bonita de apoyarnos mutuamente.

—No entiendo por qué la gente está tan obsesionada con los recuerdos universitarios. Son como... institutos supergrandes —dice Cody.

Mi hermano tiene doce años y es un sabelotodo.

25

—Son algo más que eso, hijo —se ríe mi padre—. Una universidad es un trampolín hacia tu futuro. Y no solo en lo académico; en el lugar adecuado puedes encontrarte a ti mismo y formar parte de algo más grande. Puedes hacer buenas amistades, crear una red de contactos y aprender sobre diferentes culturas.

Cody y yo intercambiamos miradas, preparándonos para el discurso motivacional.

—Mi paso por la Universidad de Pensilvania fue una gran experiencia. Tuve clases interesantes y formamos un grupo sólido de amigos. Incluso hice un semestre en el extranjero, en Barcelona. Además, tu hermana y Jesse han trabajado duro y han entrado en universidades muy buenas. Deberías estar orgulloso —continúa.

—Gracias, papá —le sonrío.

Cuando terminamos de cenar, Jesse y yo vamos a uno de nuestros lugares favoritos para pasar el rato: el columpio blanco del porche. Cuando tenía ocho años, vi un columpio así en una película y rogué a mis padres que me

compraran uno. Es perfecto para charlar durante horas, leer, contemplar el atardecer, contemplar las estrellas y, en general, contemplar lo que sea. La madera es suave al tacto. Y siento las mullidas almohadas de Winnie the Pooh contra la espalda. He pasado un montón de tardes con Jesse ahí sentados, hablando de lo que fuera. Y aún más noches tomando helado con Juliet y Sofi, cotilleando, aprendiendo bailes de TikTok y teniendo la típica charla de chicas.

26

Me inclino hacia Jesse y apoyo la cabeza sobre su chaqueta. Sé que soy demasiado joven para desear que ojalá pudiera detener el tiempo. Según mi madre, tengo toda una vida por delante. Pero no estoy preparada para salir más allá del cristal de mi bola de nieve. Aún no.

—¿Quieres ir al cine el jueves? —pregunta Jesse.

—¿Ya han estrenado la última de *Parque jurásico*?

Jesse asiente con una sonrisa cómplice.

—Compraré entradas. Pero nada de llorar cuando aparezca el bebé tricerátops —me advierte.

—No puedo evitarlo. Son tan adorables... Además, en la última película pusieron unas escenas tristísimas.

Una carcajada le sacude el pecho.

—¿Seguimos hablando de *Parque jurásico*? ¿La del T-Rex y los velocirraptores corriendo y comiéndose a la gente sentada en los retretes?

Le doy con el codo en el pecho mientras me río. Estar con él no requiere el menor esfuerzo. Pensar en que vamos a ir a estados diferentes y no vamos a formar parte del día a día del otro me ahoga. Y no me refiero a la novia

pegajosa que necesita que le cuenten cada hora de su vida diaria. Me refiero a sentirse parte de ella. Un momento. Un beso. Una conversación. Siempre los hemos tenido, y no puedo sacudirme el miedo a perderlos con la distancia que habrá entre nosotros.

—Sé que es demasiado pronto para hablar de esto, pero estaría bien planear algún tipo de horario de video-llamadas para cuando estemos en la universidad —señalo, mientras jugueteo con su mano—. Me hará sentir mejor.

Jesse asiente, pensativo.

—Tienes razón. Creo que es un poco pronto. —Su cabeza se apoya en la mía y puedo sentir su peso cálido—. Es nuestra última semana de instituto. Deberíamos estar saliendo con amigos, yendo a fiestas, barbacoas. Todo irá bien, osito Winnie.

La semana de la graduación pasa tan rápido que me alegro de tener todas las fotos que acompañan los recuerdos guardadas en mi móvil. No soy una experta en redes sociales como Sofi. De hecho, me gusta imprimir fotos y ponerlas en marcos y álbumes. Pero tengo una cuenta de Instagram que parece un colorido *collage* de algunas partes de mi vida. Nada demasiado personal. Más bien, selfis divertidos con las chicas, una foto bonita con Jesse, tazas de té humeantes, un pastel con una pinta deliciosa... Las últimas son una colección de vestidos y trajes azules de graduación. Incluso conseguí tomar una gran foto de sombreros de graduación volando en el aire contra un cielo despejado.

Hace unos días que empezaron las vacaciones. Puedo dormir hasta tarde y comer magdalenas de arándanos en la cama mientras me hago un maratón de series. No he visto mucho a Jesse. Siempre hay alguna fiesta a la que quiere ir, pero a mí me apetece más quedarme en casa. En eso somos muy distintos: Jesse es más un ser social, a quien le encanta salir y estar con un montón de gente diferente, mientras que a mí me gusta estar con mis amigas más cercanas y disfruto quedándome en casa y pasando una noche en familia. También me gusta estar sola. Acurrucarme en la cama con un libro. O una peli y un helado.

Sin embargo, este es mi último verano antes de la universidad y tengo la intención de hacer que valga la pena. Cojo el móvil para mandarle un mensaje a Jesse y esbozo una sonrisa tonta al ver el que me espera en la pantalla. Se me ha adelantado.

**Jesse ♥ :** Hola, Winn. ¿Quieres salir a cenar? ¿A Tony's Place?

Tony's Place es mi italiano favorito. Lleva el nombre de uno de mis clásicos preferidos de Disney, *La dama y el vagabundo*. Incluso tiene los mismos manteles a cuadros rojos y blancos.

**Yo:** Hola, estaba pensando en ti.

**Yo:** Claro. :)

Empiezo a examinar mi armario en busca del conjunto perfecto: *shorts* negros de tiro alto, un top blanco de encaje, botas cortas. Si tuviera que describir mi estilo, sería divertido y clásico. Como Emma Watson en el anuncio del perfume Midnight Rose. O Taylor Swift en su era de *Red*. Al menos, ese es el *look* que busco.

Esta noche me parece una buena oportunidad para tener una cita romántica y colar a Jesse en mi dormitorio. Hace tiempo que no lo hacemos. La última vez fue hace semanas, cuando me escapé a su casa y volví después de la medianoche. Así que estoy pensando en ropa interior sexi de encaje. Estoy a punto de abrir el cajón de la ropa interior cuando entra mi madre en la habitación con una bandeja de lo que parecen galletas recién horneadas.

—Winn, ¿quieres una? —me pregunta con una sonrisa cariñosa.

Se acerca a mi cama y se sienta en el edredón color lila mientras coloca la bandeja sobre la mesilla de noche. Mi madre siempre consigue estar guapa sin hacer ningún esfuerzo. Compartimos el mismo pelo castaño y los mismos ojos color avellana. Ella lleva el pelo más largo, recogido en una coleta, mientras que el mío me llega hasta los hombros y tiene ondas suaves.

—¿Vas a salir? —pregunta mirando la ropa que he dejado en el suelo.

—Voy con Jesse a Tony's —respondo con tono alegre, al tiempo que cambio la mano de lugar y la llevo al cajón de los calcetines.

—Qué bien, cariño. ¿Va todo bien entre vosotros? No ha venido a cenar desde la semana pasada.

Yo también me he dado cuenta. Pero con la graduación y las vacaciones de verano es lógico que nuestra rutina cambie un poco. El aroma dulce de las galletas llega por fin a mi nariz y me atrae como un imán. Me siento con mi madre sobre la cama y elijo una estirando la mano sobre la bandeja para evitar que caigan migas.

30 —Creo que ha ido al menos a cuatro o cinco barbacoas. Le gustan mucho las fiestas en las que se reúnen para decirse que echarán mucho de menos la vida en el instituto.

Mi madre suelta una carcajada divertida.

—¿Y tú? ¿No la echarás de menos?

Alcanzo a detectar un atisbo de nostalgia por su propia época escolar.

—Seguro, pero no necesito que me lo taladren constantemente en la cabeza. Fui con él a las primeras y ese era el tema estrella.

Mi madre me mira con expresión alegre. Cojo otra galleta, manteniéndome firme en mi opinión. Tenía la sensación de que todo el mundo se estaba ahogando en el pasado, en lugar de intentar estar en el ahora. Tal vez solo necesito saber que Jesse, Juliet y Sofía seguirán a mi lado, que son personas reales en mi vida y no solo recuerdos del instituto.

—Siempre has tenido tu propia manera de hacer las cosas —dice mi madre—. Haz lo que te parezca correcto, cariño.

Asiento con la cabeza.

—Mamá, ¿y si la distancia acaba cambiándonos? ¿A Jesse y a mí? —pregunto—. Siempre hemos vivido a cinco manzanas el uno del otro y ahora nos mudaremos a estados diferentes.

La expresión de mi madre se vuelve más dulce mientras me acaricia el pelo con sus manos suaves.

—El cambio puede ser bueno, Winn —me anima—. Sé que quieres a Jesse, pero la vida continúa, y nunca se sabe lo que puede suceder. Además, ya tienes una ventaja sobre él.

Giro la cabeza esperando una gran revelación. Quizá nuestros genes escondan algún tipo de superpoder aún latente. (Ya lo sé: demasiadas películas).

—¿Cuál es?

—Eres una Dawson —dice mi madre con sencillez—. Las chicas Dawson somos brillantes y resilientes.

Nos reímos y la abrazo. Supongo que eso es incluso mejor que los superpoderes.

—Gracias, mamá.

—Todo irá bien.

Mi madre sería un excelente personaje de la serie de libros Winnie the Pooh. Me la imagino como una cierva, una cierva optimista que siempre se las arregla para encontrar el sol, incluso en los días grises.

—¿Tienes una aspirina?

Abre el cajón de mi mesilla de noche y sus ojos se dirigen a una gran tableta de chocolate antes de encontrar el Adenol.

—¿Lo guardas para más tarde? —bromea.

—Lo guardo para un día de lluvia —la corrijo—. Nunca sabes cuándo vas a necesitar que el chocolate tome posesión de tu cerebro durante unos minutos.

Ella suelta una risita. Y yo imagino el eco distante de truenos y ruego que esa tormenta no venga pronto.